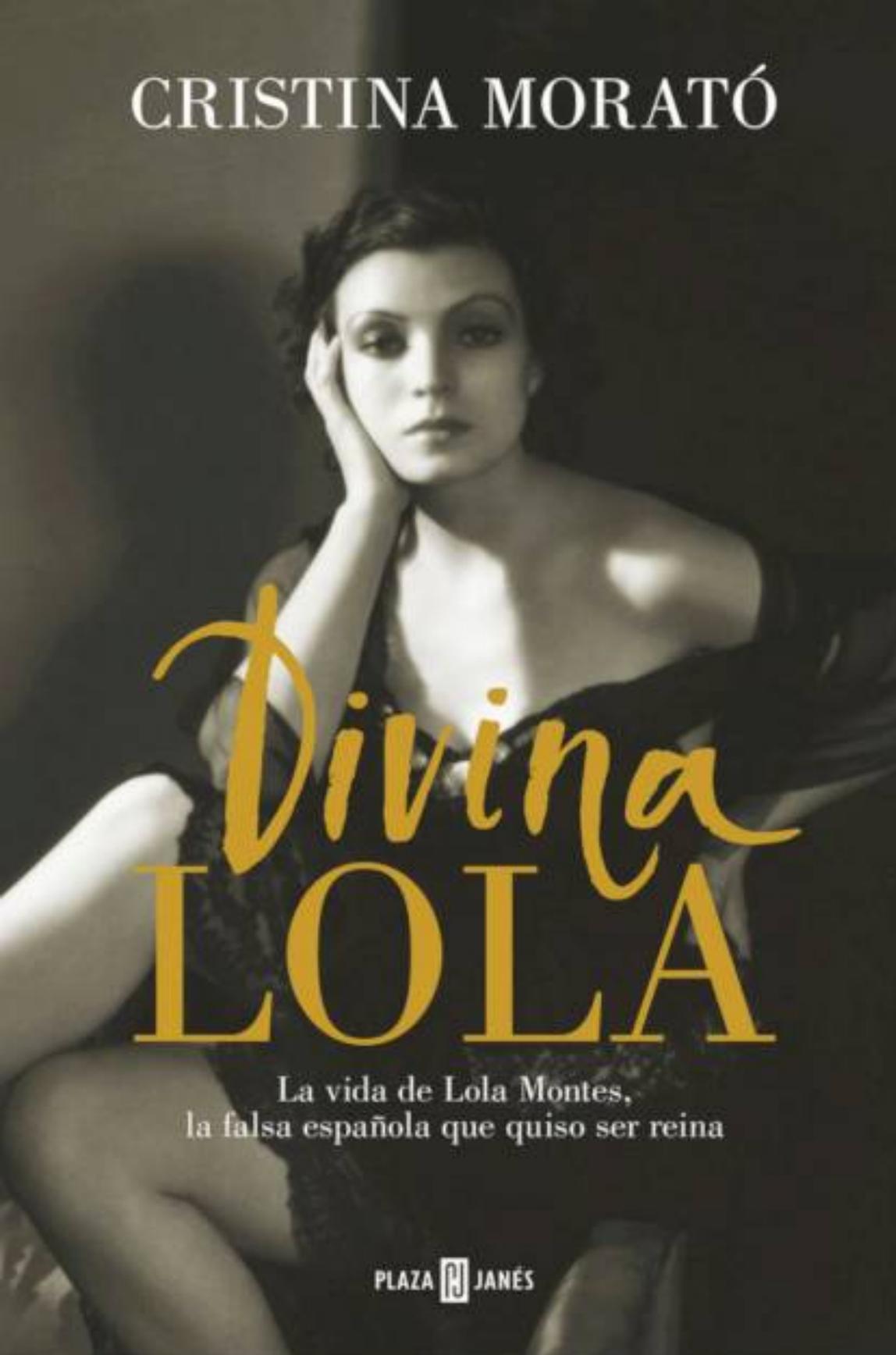


CRISTINA MORATÓ



Divina
LOLA

La vida de Lola Montes,
la falsa española que quiso ser reina

PLAZA  JANÉS

PLAZA  JANÉS



Lola Montes

A Pilar Latorre por su amistad, apoyo y complicidad

Lolita mía, el mundo te odia y te persigue; pero por mucho que se esfuercen tus enemigos para desunirnos, mi corazón se estrechará más cada vez con el tuyo. Cuanto más te odian, más amada eres, y más firmemente adquieres lo que desearían quitarte; jamás me separaré de ti.

Carta del rey Luis de Baviera
a Lola Montes
(Munich, 6 de julio de 1847)

Tiene mal de ojo y traerá mala suerte a todo hombre que una su destino al de ella.

ALEJANDRO DUMAS, París, 1846

Si todo lo que se ha escrito sobre mí fuera cierto, merecería ser enterrada viva.

LOLA MONTES, *Autobiografía*, 1858

1

La pequeña salvaje

Habían pasado trece años desde que se despidió de ella por última vez y, sin embargo, la noticia de su muerte le afectó profundamente. En todo ese tiempo el rey Luis I de Baviera no había podido olvidar a su amada Lola Montes, la hermosa bailarina española que una soleada mañana de otoño irrumpió como un torbellino en su gabinete de palacio. Cómo no recordar aquel 8 de octubre de 1846 cuando la vio elegantemente ataviada con un vestido negro de terciopelo que resaltaba su espléndida figura y la palidez de su piel. Se enamoró de ella al instante; le cautivó su belleza, su fogosidad y su arrebatadora personalidad.

Durante los meses siguientes se entregó a ella con una devoción enfermiza, sin importarle el escándalo ni la mala fama que la precedían. En la conservadora corte de Baviera se rumoreaba que el soberano había perdido la cabeza por una mujer marcada por el escándalo que pretendía interferir en los asuntos de Estado. Luis, ajeno a las críticas, accedió a todos sus caprichos. La colmaba de regalos, le concedió el título de condesa, le ofreció una generosa pensión y

compró para ella una palaciega mansión donde la visitaba a diario. Ahora, ya anciano, recordaba con una sonrisa en los labios aquella época feliz en la que se sintió rejuvenecer. Aún se estremecía al rememorar las tardes en las que leían *El Quijote* frente a la chimenea y dejaban pasar las horas soñando con una vida juntos lejos de la aburrida corte de Munich. Es cierto que sentía debilidad por las mujeres hermosas y había sido un incorregible conquistador, pero Lola, tan distinta a las demás, fue su gran amor. Aunque por ella perdió el trono y el respeto de sus súbditos, no le guardaba ningún rencor. Siempre había estado al tanto de las aventuras de su amante obligada a abandonar Baviera como una fugitiva y convertida pronto en toda una celebridad. Su embajador en París le hacía llegar los recortes de la prensa que hablaban de sus escándalos, sus amoríos y de los éxitos que cosechaba como actriz y bailarina en sus giras por Estados Unidos y Australia.

Sin duda Lola Montes había sido una mujer poco convencional. Podía ser amable, generosa, considerada y hasta dócil, pero también la más temeraria, violenta y salvaje. Cabalgaba como una amazona, fumaba cigarrillos, era diestra con el revólver y se defendía a golpe de fusta de los hombres que se atrevían a contradecirla. En una época en la que las mujeres se dedicaban a las tareas domésticas, ella había dado la vuelta al mundo y actuado en los más importantes escenarios teatrales desde Londres hasta Sidney, aunque su talento como bailarina dejaba mucho que desear. El rey conservaba celosamente cientos de cartas que le había escrito a lo largo de su tormentosa relación y los poemas que le inspiró siendo su musa y amante. También

guardaba como una reliquia el pie de Lola esculpido en mármol que antaño besaba todas las noches antes de acostarse. Pero el día que recibió esta carta procedente de Nueva York, le embargó de nuevo la nostalgia:

Señor:

Durante mi primera infancia, fui compañera de colegio en Escocia de una niña que nunca pensé que me llamaría a su lado en su lecho de muerte para pedirme que escribiera a Su Majestad. A menudo me hablaba de Su Majestad, y de su amabilidad y benevolencia, que ella sentía en lo más profundo de su ser. Me rogó que le contara que había cambiado de vida y compañías.

Así, ahora cumplo la promesa que le hice a la difunta señora Lola Montes, a quien yo conocí como Eliza Gilbert, y añadiré que me pidió que le hiciera saber que mantuvo una estima sincera por su inmensa amabilidad hasta el fin de su vida.

Falleció como una auténtica penitente, y acudió a su Salvador en busca de perdón y aceptación, para triunfar únicamente en Su gloria.

He tenido el honor de ser la obediente y humilde servidora de Su Majestad,

MARIA E. BUCHANAN

Luis se quedó un instante pensativo y los ojos se le humedecieron: «Lolita mía, ¿alguna vez me amaste?».

Nada hacía imaginar que la pequeña que acababa de venir al mundo aquel día frío y ventoso de febrero de 1821 en el pueblo de Grange, Irlanda, se convertiría en una de las mujeres más famosas de su época. Era una niña saludable y risueña de hermosas facciones, muy parecida a su madre. De su padre, Edward Gilbert, alférez del ejército británico, he-

redaría su valor y sed de aventuras. El apuesto oficial había llegado al condado de Cork con el 25.º Regimiento de Infantería para aplacar la rebelión en los dominios irlandeses del rey Jorge III de Inglaterra. Alto, robusto y vigoroso, lucía unas pobladas patillas rubio claro y un fino bigote que le daban un aire varonil. Entre todas las chicas irlandesas solteras hubo una que atrajo especialmente su atención. Se llamaba Eliza Oliver, tenía catorce años —ocho menos que él— y trabajaba como aprendiz de sombrerera aunque pertenecía a una buena familia. Era una hermosa muchacha de profundos ojos negros, tez pálida y largo cabello rizado. Lo que Eliza vio en aquel apuesto militar, de carácter alegre y de espléndida figura enfundado en su uniforme rojo, fue el sueño de escapar de una vida triste y anodina.

Los Oliver eran una conocida y poderosa familia protestante de terratenientes del condado de Cork. La joven se sentía orgullosa de sus raíces, aunque todos sabían que era hija ilegítima. Su padre, Charles Silver Oliver, era miembro del Parlamento y un personaje muy influyente en su comunidad. Antes de contraer matrimonio a los cuarenta años había tenido cuatro hijos con su amante Mary Green. La pareja residía en Castle Oliver, una antigua y solariega mansión familiar situada en la campiña, al sur del condado de Limerick. Allí vino al mundo Eliza en 1805, el mismo año en que su padre tomó por esposa a una dama de la buena sociedad. Aunque de aquel matrimonio nacieron siete herederos legítimos, el señor Oliver no abandonó a sus bastardos. Eliza, Mary y sus hermanos John y Thomas también llevaban el apellido de un padre que se preocupó de su manutención. Tras la muerte de su madre, los chicos entraron

a trabajar como aprendices de tenderos y las dos hermanas con la señora Hall, una sombrerera de Cork que les enseñó el oficio. Cuando el distinguido señor Charles Oliver falleció de manera inesperada en 1817, les dejó como herencia la considerable suma de 500 libras a cada uno, que recibirían al cumplir los veintiún años.

En la primavera de 1820 el alférez Edward Gilbert y su bella prometida hacían planes para contraer matrimonio. El suyo fue un noviazgo fugaz pues muy pronto el regimiento del novio debía abandonar Cork para mantener la seguridad en una región del norte amenazada por los rebeldes. Ante la inminente partida la pareja se casó el 29 de abril en la iglesia de Cristo, en presencia de algunos de los miembros más destacados de la alta burguesía protestante de la ciudad. Comenzaba para Eliza una vida itinerante junto a un esposo que cambiaría con frecuencia de destino. Cuando se enteró de que estaba embarazada tenía quince años y ya no podía seguir a Edward por los abruptos y polvorientos caminos de la campiña irlandesa. A mediados de invierno la pareja se instaló en una sencilla casa de piedra gris junto al mar azotada por la lluvia y el viento en el pueblo de Grange, en el condado de Sligo. En este remoto rincón del norte de Irlanda vino al mundo su única hija, Elizabeth Rosanna Gilbert, más conocida como Lola Montes.

Tras el nacimiento de su hija, Edward buscó un nuevo destino mejor pagado y con mayores posibilidades de ascenso. Un año más tarde intercambió su puesto en el condado de Sligo con el de un recién graduado en la Academia Militar de Sandhurst cuyo regimiento se encontraba camino de la India. En aquella época el comercio con este

país era monopolio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que, creada en 1600 por un grupo de hombres de negocios, operaba en nombre del gobierno en las regiones de dominio británico. Eliza se alegró de poder dejar atrás la lúgubre y fría Irlanda donde nada la retenía. La idea de comenzar una nueva vida en un lugar tan remoto y exótico le parecía una tentadora aventura. Imaginaba la India como un paraíso donde podría vivir como una auténtica *memsahib*, las esposas de los oficiales británicos, en una mansión colonial con balaustradas y rodeada de una nube de sirvientes. Soñaba con poder asistir a deslumbrantes fiestas y conocer a algún marajá, aquellos príncipes indios vestidos con trajes bordados con hilo de oro y tocados con turbantes de seda que parecían sacados de un cuento oriental.

Aunque Edward sabía que el viaje era arriesgado para su hija pequeña, no estaba dispuesto a separarse de ella. En aquella época eran muy pocos los oficiales británicos que tuvieron la fortuna de vivir en la India con sus esposas, pues el trayecto desde Europa era largo y temerario y ponía en peligro «la frágil naturaleza de la mujer». De nada sirvió que amigos y familiares intentaran disuadirle para que Lola se quedara a su cuidado en Irlanda. Ni el clima insano ni las epidemias que causaban estragos entre los europeos le harían cambiar de opinión. Allí los salarios eran elevados y el bajo coste de la vida le permitiría disfrutar de un lujo imposible de alcanzar en su país. A Eliza, de temple aventurero, tampoco le preocupaban los peligros ni las incomodidades. Los Gilbert hicieron el equipaje, se despidieron de sus seres queridos y viajaron a Londres donde compraron su pa-

saje en un majestuoso velero a vapor de la Compañía de las Indias Orientales.

La mañana del 14 de marzo de 1823 Edward y su familia zarpaban del bullicioso puerto de Gravesend, en la orilla sur del río Támesis, rumbo a lo desconocido. La modesta paga de alférez no les permitió ocupar un camarote de primera clase como hubieran deseado, pero la pareja pudo compartir con otros oficiales las animadas veladas nocturnas en el salón principal y disfrutar en la cubierta superior de las impresionantes puestas de sol en el mar Árábigo. En aquellos días, antes de la construcción del canal de Suez, el trayecto a la India duraba cuatro largos meses, con apenas una o dos escalas para repostar agua y provisiones. Lola era solo una niña de dos años, pero absorbía aquel mundo nuevo de aromas, colores y sonidos con enorme avidez. Debió de marearse como casi toda la tripulación en un viaje incómodo y tedioso donde eran habituales las fuertes tormentas tras doblar el cabo de Buena Esperanza. Cuando finalmente el barco atracó en el muelle de Diamond Harbour, lo peor estaba aún por llegar. Nada más poner el pie en tierra firme, el oficial Gilbert fue informado de que su unidad ya había partido a la guarnición de Dinapore, cerca de la frontera con Nepal, y debía alcanzarlos lo antes posible. Sin apenas tiempo para descansar y contrariado por el cambio de planes, le comunicó a su esposa que debían proseguir viaje:

—Querida, lo lamento, pero debemos partir de inmediato, mi regimiento ya se encuentra de camino y si retraso mi llegada no lo podré justificar ante mis superiores.

—Pero estamos agotadas —protestó nerviosa y al borde de las lágrimas—, necesitamos reponer fuerzas.

—Lo sé, Eliza, sé que ha sido un viaje duro, pero debo cumplir las órdenes. Pronto llegaremos a nuestro destino y podrás descansar. Te pido que confíes en mí, pero ahora debemos volver a embarcar con los demás. —Y reanudaron el viaje.

No quería preocupar a su mujer, pero la travesía sería muy penosa. Edward sabía muy bien que para los europeos la vida en la India suponía una lucha diaria contra el clima y las enfermedades. Su unidad se encontraba cerca de Patna, a unos seiscientos kilómetros aguas arriba del Ganges y para llegar a su destino tenían que proseguir en pequeñas y primitivas barcas de vela triangular a merced del viento. Era verano y los monzones provocaban lluvias torrenciales que lo inundaban todo y no cesaban hasta finales de septiembre. El calor sofocante, la humedad y el hedor de las pestilentes marismas del delta los acompañarían durante todo el viaje.

Los Gilbert se unieron a las últimas compañías del regimiento que abandonaban Calcuta, la capital de la India británica. La comitiva se desplazaba durante las horas de luz y solo podía navegar una media de quince kilómetros diarios a través de las traicioneras corrientes y los bancos de arena. Pese al calor aplastante, los insectos, la escasez de comida y el lento avance de las embarcaciones, el espectáculo resultaba fascinante. El Ganges alcanzaba en algunos tramos una anchura de casi cinco kilómetros y en sus fértiles orillas crecía una abundante vegetación. Los espesos bosques tropicales plagados de monos grises chillones daban paso a

extensos pastos, humeantes aldeas y ruinas de antiguos fuertes. En ocasiones, entre la maleza descubrían pequeñas manadas de búfalos de agua que al atardecer se acercaban a la ribera a beber. Los nativos que trabajaban de sol a sol en los campos de arroz a ambos lados del gran río no mostraban ninguna simpatía hacia ellos y se limitaban a venderles alimentos con gran reticencia.

Las primeras impresiones de la India quedarían para siempre grabadas en la pequeña Lola durante aquella dura travesía por el pantanoso delta. Acurrucada junto a su madre, contemplaba absorta el luminoso cielo y el verdor que estallaba ante sus asombrados ojos. El alférez Gilbert iba preparado para combatir el tedio y en uno de sus pesados baúles llevaba diez volúmenes del *Nuevo teatro británico*, tres tomos con obras de su admirado poeta Alexander Pope y una gramática francesa. También aprovechó el tiempo para sacar sus pinceles y plasmar escenas de la vida cotidiana en el Ganges. Por las tardes, para regocijo de Lola, entretenía a los pasajeros con alguna melodía que tocaba con su flauta de boj con incrustaciones de plata.

Tras veinte días de navegación, llegaron al destacamento de Dinapore, un remoto y escarpado puesto de avanzada en medio de la jungla. Era un lugar desolado y alejado de la civilización. En lo alto de un promontorio se distinguían los bungalows de los oficiales semiocultos por la frondosa vegetación tropical. Desde el pequeño embarcadero, un camino de tierra rojiza conducía a los viejos barracones donde se hacinaban los soldados rasos. Edward Gilbert no pudo disfrutar de la cálida bienvenida que le dispensaron sus compañeros de guarnición ni de la música que tocó la

banda militar en su honor. Era apenas una sombra de sí mismo; pálido y ojeroso, había perdido mucho peso y no podía sostenerse en pie. A la altura del mercado fluvial de Patna había comenzado a sufrir vómitos y diarrea, los primeros síntomas del cólera. Cuando el médico militar confirmó la gravedad de su estado, Eliza sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Estaba sola en un lugar extraño donde no conocía a nadie y con una hija de corta edad expuesta a correr la misma suerte que su padre. A pesar del peligro de contagio y de las advertencias del médico no se separó ni un instante del lecho donde yacía su esposo demacrado y macilento, casi irreconocible. Un día en que sintió que su fin estaba próximo, Edward tomó su mano y, con un hilo de voz, le dijo:

—Eliza, tienes que ser valiente, por ti y por nuestra hija; cuando yo me vaya, busca a un buen marido. No puedes quedarte aquí sola, prométemelo. —Las palabras le dejaron sin fuerzas.

—Tranquilo, descansa —le susurró mientras le refrescaba las sienes con un paño húmedo—; no hables más, seguro que te recuperas y...

—No, mi amor, lo siento —le interrumpió—, teníamos tantos sueños...

Aquellas fueron sus últimas palabras. Edward cerró los ojos y su nombre vino a sumarse a una larga lista de compatriotas que como él habían visto truncado su sueño en ese remoto puesto del Ganges. En el cementerio contiguo a la pequeña iglesia, fue enterrado tras una solemne ceremonia donde se le rindió los últimos honores. Las numerosas lápidas recordaban las historias de los valientes funcio-